

159. ¿Tenemos personalidad?...

Recuerdo las palabras de un Profesor muy serio, tan gran católico como buen pedagogo, que nos solía decir: *Para hacer algo en la vida hay que ser formales, empezando con nosotros mismos y con Dios.*

No decía más, pero nos dejaba el arpón clavado en las carnes... Efectivamente, si no cumplimos una palabra que hemos dado, ¿quién se puede fiar de nosotros? Y al revés, si todos saben que somos personas de honor, que por nada nos doblegamos ante una palabra empeñada, ¿quién no se va a fiar de nosotros?

Esa fidelidad no se improvisa, porque es algo que nace de dentro. Y la tiene quien posee lo que llamamos PERSONALIDAD.

“Personalidad”, como indica la misma palabra, es la concordancia del pensar y actuar con lo que realmente somos: personas que actuamos como personas. Y hemos reservado bella expresión para significar a la persona de recio carácter, constante, decidida, consecuente siempre con sus ideas grandes y rectas.

Quien no tiene personalidad, es puro marioneta en manos de cualquier capricho. Mientras que quien está dotado de personalidad vigorosa vale un imperio. Y vale un imperio ante el mismo Dios, porque Dios se puede fiar de quien cumple sin medias tintas lo que una vez le ha prometido. Mirando a Dios, tener personalidad propia es garantizarse una santidad grande en su presencia.

Quien tiene personalidad se gana el respeto de todos.

Aquellas dos muchachas suramericanas —las conocí muy bien, y fueron muy amigas mías— eran tan íntegras en su conducta como sanas en sus ideas. El profesor se permitía en sus explicaciones libertades indignas de un catedrático honesto. Había aprobación general en la clase —porque los alumnos no eran precisamente de lo mejor en sentido moral—, exceptuadas las dos chicas que enrojecían como un clavel al verse objeto de todas las miradas. Hasta que un día, sin contemplaciones y con valentía:

- Señor Profesor, no me quitará usted de la cabeza el que la ignorancia es la madre del atrevimiento.

Quizá no sepamos definir muy escolásticamente la personalidad, pero nadie negará que una muchacha semejante tenía mucha personalidad. De hecho, el profesor ya no se atrevió a meterse con las dos compañeras...

Al tipo de “personalidad”, que todos admiramos, se opone diametralmente el tipo “títire”, despreciado de todos porque a nadie nos gusta. Y es

quien no tiene ideas propias, sino que piensa por los demás;

quien no se arriesga nunca, porque puede fracasar;

quien ha de pedir permiso o excusa por lo más insignificante, porque le pueden criticar;

quien se encapricha siempre, y ahora está de un humor así y después de un humor asá;

quien no da nunca la cara en un conflicto de amigos, sino que sonrío a unos y a los otros también;

quien es inconstante, sin honor a la palabra empeñada, y resulta siempre el tipo egoísta, taimado, díscolo e irresponsable.

No nos gusta el tipo así. Mientras que nos encanta el encontrarnos con nuestros amigos y amigas que tienen una personalidad extraordinaria, con cualidades envidiables. Por ejemplo:

Iniciativa, que les hace ver rápidamente las cosas.
Resolución, que les lleva a buscar de inmediato las soluciones de lo que han intuido.
Riesgo, porque no se detienen ante las dificultades, las cuales no se les ocultan.
Rebeldía, que se enfrenta a las objeciones de los sensatos.
Tenacidad y energía, cuando se obstinan en conseguir su propósito.
Independencia, que no se sujeta fácilmente a normas establecidas.
Generosidad, porque saben reconocer lealmente los fracasos a que les ha llevado tantas veces su audacia, que a lo mejor ha sido inexperiencia, pero nunca capricho ni tozudez criticable.

A este propósito recuerdo una anécdota de la Historia, nada menos que de la reina Isabel la Católica, la madre de nuestra América. Había escogido como consejero a Francisco de Cisneros, fraile austero y valiente, que un día habla fuertemente a la Reina, la cual tenía un sentido de dignidad tremendo y se hacía respetar siempre. Así que ahora pregunta bien seria y con voz elevada:

- *¿Sabe usted con quien está hablando?*

- *Sí, con la Reina, que es polvo y ceniza como yo.*

¿Quién de los dos se mostró más grande, Cisneros o Isabel? ¿Quién demostró personalidad más recia? Los dos por igual. El uno por su valentía. La otra por su humildad, al aceptar la reprensión y seguir con el mismo consejero. Por algo una y otro son considerados dos santos...

¡Personalidad!... ¡Cuántas veces repetimos esta palabra! La pronunciamos entonando solemnemente la voz: “Yo tengo mi personalidad”. Y exigimos que se nos respete, “porque tengo personalidad”, “responsabilidad”, “carácter”...

Cuando queremos más libertad, damos como razón que tenemos *personalidad*...

Ojalá sea todo esto cierto. Pero sabemos que nos exige recoger todas nuestras buenas cualidades, concentrarlas en un corazón de oro, arreciar nuestro carácter, distinguirnos de la masa vulgar, desdeñar cualquier acción que nos minusvalore, y realizar siempre lo grande, por costoso que nos resulte...

Entonces daremos razón al profesor aquel que nos decía: *Vamos a ser algo, y a hacer algo, porque somos formales con los hombres, y, antes que con nadie, con nosotros mismos y con Dios...*